

El soldado repuso secamente que no; y no añadió palabra. El pobre permaneció inmóvil de aquella manera durante buen trecho del camino y fué mejor para él, porque si hubiese dirigido la vista por la campiña, á cada paso le habrían asaltado nuevos recuerdos, y con ellos nuevos dolores.

\* \* \*

En tanto, en su casa, se habian reunido los deudos, parientes y amigos, los cuales, avisados el dia anterior de la tan querida é inesperada llegada, acudieron alegremente á la casa paterna, para hacerle un poco de fiesta y un poco de honor.

A los primeros albores del dia, los ancianos padres se habian levantado y vestido con aquella ligera presteza de los muchachos que se preparan para un paseo por el campo. Acto seguido comenzaron á dar vueltas por la casa con pasos ligeros, abriendo puertas y ventanas, dando fuertes golpes á la cabecera de los que dormían, diciendo:

—¡Vamos! ¡Fuera de la cama, muchachos!

Los dormilones, despertados así de repente, abrían los ojos y la boca, lanzaban alrededor mi-

radas soñolientas y ponían esa cara malhumorada y colérica del que se ve turbado en el descanso. Pero apénas sacudido el sueño y adivinado con el pensamiento la causa de aquel desacostumbrado movimiento, se animaban con grande alegría, mezclando su voz á la de los parientes, se lanzaban del lecho, vestíanse de prisa y corrían por la casa y por las eras y por el camino y por la huerta á terminar con inusitada presteza las faenas, sonriéndose unos á otros á cada encuentro ó haciéndose señas de léjos ó incitándose á menudo para concluir más pronto.

Poco despues acudía ansiosa la jovencilla, la prometida, que vivía cerca de la casa; llegaba corriendo acompañada de dos amigas, vestida de fiesta, con un ramito de flores entre el cabello, y la cara sonrosada: encuentra de pronto á la madre, sonrie, enrojece, se arroja en sus brazos, y despues, separándose de pronto, y ocultándose dos ó tres veces con el brazo, de los que quieren mirarle á la cara para decirle requiebros, se encaminó corriendo hácia aquella casa, que era como suya; y todos á un tiempo empezaron á sacudir muebles y adornos, á barrer en los rincones más escondidos, á separar las camas de las paredes, á mullir los colchones, á quitar la cojera de las mesas, á extender en los alféizares de las ventanas sábanas y cubre-camas, á sacar de los armarios ciertos candeleros de latón

reservados para las grandes solemnidades, y sobre los estantes, en los antepechos de las ventanas, alrededor de los cuadros, sobre las puertas, dispusieron y arreglaron vasos y macetas de flores campestres.

Tanto, que al aparecer el primer rayo del sol, aquella casa estaba limpia, aseada, olorosa como un jardín; la era lisa y pulida como tablero de mármol; ni una hoja, ni una paja hubiera encontrado quien la buscara.

—¡Y no podía hacerse ménos, vamos, para recibir como se debe á un soldado que vuelve de la guerra, y vuelve herido!

Así decía la pobre vieja á las otras mujeres cuando hubieron acabado de trabajar, pasando de habitacion en habitacion é indicando su complacencia por el buen orden y la limpieza de todas las cosas.

—¡Seguro!—respondían las otras.

Y salieron á la era. La madre se detuvo, llamó por su nombre á la muchacha, que acudió correteando, la tomó por una mano, la condujo á su habitacion, y, colocándola dulcemente delante de un espejo pequeño:

—Mira—le dice—¡te has arrugado el vestido!

—¡Dios mio!—exclamó la jovencuela haciendo un gesto de contrariedad.—¿Cómo ha sido esto?

—Arrimándote á todas partes—responde la

vieja.—Y tú corre por aquí, corre por allá, como una loquilla que tiene la cabeza á componer. ¡Siéntate!

La jovencilla obedece; la madre se coloca á su espalda, le deshace las trenzas, le alisa el cabello, y despues los recoge todos con una mano para tenerlos bien tirantes y poderle señalar con la otra la raya; la obliga suavemente á inclinar la cabeza hácia adelante, bajando la mano poco á poco; le toma la barbilla entre el pulgar y el índice y con otro dedo le hacía cosquillas en la garganta, por lo cual se retorció sobre la silla la chica con aquella risa convulsa de los muchachos contentos.

Le hizo de nuevo las trenzas, afianzó las horquillas, pasó dos ó tres veces sobre el cabello la mano abierta y plana, para que quedara bien liso y reluciente, y despues, poniéndola una mano en el hombro y mirándola fijamente á la cara, le dió un beso y se alejó, diciendo:

—¡Vamos!

La muchacha se levantó y la siguió, teniendo la cabeza vuelta hácia el espejo, hasta que pasó á la vecina habitacion. Allí, dejando salir á su madre, levantó ligeramente un pié del suelo, y apoyándose en el talon del otro, hizo una pirueta dando una vuelta completa sobre sí misma y se puso de cuclillas repentinamente, volviendo atrás la cabeza para contemplar con infantil curiosidad

la faldita henchida por el viento, que parecía un vestido con miriñaque. Luego se levantó de repente y echó á correr hácia la era.

Todos los demás, parte esparcidos por la era, parte sobre un trozo del camino delante de la casa, estaban en continuo movimiento, yendo de aquélla á éste y de éste á aquélla, como si sus piés se negaran á permanecer un instante tranquilos.

Y en aquel movimiento continuo, nunca se daba el caso de que dos personas, al encontrarse y mirarse, no cambiaran una rápida palabra ó una sonrisa, expresando la mirada de cada una, la alegría comun á todos: y de esta suerte se refrescaba, por decirlo así, el sentimiento.

El hermano de la novia, al pasar por su lado, ó le daba un fuerte pellizco en el brazo por el pícaro gusto de arrancarle un grito, ó sorprendiéndola por la espalda la sujetaba por ambos codos, y los acercaba uno á otro como pretendiendo que se tocasen; y aquel:—¡Quita allá, impertinente!—que se llevaba en castigo, acompañado de la amenaza de un bofeton, que nunca llegaba, le daba un gusto insensato.

Las amigas la llevaban á veces aparte y se agrupaban á su alrededor, para murmurar á sus oídos no sé qué palabras, á las cuales solía seguir estrepitosa carcajada, y un romperse repentino del grupo y una dispersion general.

De vez en cuando, el anciano padre, deteniéndose delante de la novia, y poniendo la cara seria, le decia:

—¡No viene!

—¿Cómo? ¿Por qué? ¿Quién se lo ha dicho?—preguntaba ella afanosa y con la faz demudada.

—Nadie. Pero... ¡me lo figuro!—respondia sonriendo el viejo.

—¡Ah!...—exclamaba exhalando un suspiro y serenándose de pronto.—¡Es, es de broma! ¡Ya lo presumía yo! Y ¿por qué no había de venir?

Y despues, volviéndose á la madre, que estaba fuera del porton del patio y tendía la vista á lo largo del camino:

—Madre—le dice—¿viene álguien?

—No veo más que un carro léjos.

La muchacha tornó de nuevo á jugar con el viejo sin abrigar presentimiento alguno.

\* \* \*

Entre tanto, el carro se hallaba á poco más de trescientos pasos de la casa, y en el corazon del soldado se había operado extraña trasformacion. Parecía que no tuviese el vivo y verdadero sentimiento de su estado, que no supiese adónde se dirigía y le hubiese faltado la memoria de los si-

tios por donde pasaba, mientras dirigía su mirada estúpidamente fija sobre su casa (de la cual empezaban á dibujarse distintamente las ventanas y los balcones de madera), ó la movía lenta y sin vida sobre el campo, sobre los caseríos ó sobre las huertas vecinas.

Se acercaba á su casa como á un sitio desconocido. La sensibilidad de su corazón había en cierto modo desaparecido. Tal es nuestra naturaleza: sufrimos con fría impassibilidad y con una especie de muerto abandono, los excesos de aquel dolor que parecía insoportable en un principio.

Sin embargo, aquel pobre infeliz, como si hubiese perdido por completo el sentimiento de la desolacion que iba á arrojar sobre su familia, bien prestando toda su atencion con la boca abierta é inmóviles los ojos al monótono ruido del carro; bien dando un golpe con la mano abierta sobre un saco, se quedaba atónito contemplando la blanca polvareda que se levantaba; bien abrochaba y desabrochaba inconscientemente la correa que unía aquellas dos ramas que salen del receptáculo de madera en el que se introduce la pierna cortada (dos ramas que sujetan y mantienen firme la rodilla en su sitio); bien tomando una muleta por la contera, se daba ligeros golpes con el mango en el pié... Mas al cabo de poco tiempo sintió leve dolor en la extremidad de aquel mísero muslo, aunque se lo habían en-

vuelto cuidadosamente con ciertos trapos, de los cuales le llenaron el morral á su salida del hospital al pobre; sin embargo, casi sin darse cuenta de ello, desabrochó una última vez la correa, alargó el brazo, tomó aquel mal aventurado arreo, lo levantó y se lo puso al lado. Libre la pierna, el dolor calmó.

Y el carro seguía, seguía, y él, sin que le ocupara otro pensamiento, pasaba y repasaba la mano sobre el muslo, como para adormecer aquel resto de dolor que todavía se dejaba sentir, cuando levantando los ojos, cambió de color su rostro, juntó las manos, exhaló un grito y permaneció inmóvil como una estatua. Había visto el nicho de aquella tarde; había vuelto en sí; todos los recuerdos, hacía algun tiempo adormecidos, se despertaron en aquel momento tumultuosamente, y su corazón, atacado de improviso por un tropel de violentos afectos, dióle terrible sacudida en su pecho. Miró lentamente la capilla con el rostro pálido, dilatados los ojos y los labios trémulos; despues tendió los brazos en actitud suplicante, y gritó:

—¡Oh Luisa! ¡Oh Luisa mia!— y cayó de bruces sobre el carro.

En aquel instante, un agudo grito hirió sus oídos y heló su sangre. Levantó la cabeza, miró, entrevió, cogió la pierna de madera, colocó dentro el muslo, buscó con los dedos convulsos el

cinturón, tentó, tentó, no acertaba á abrocharlo, ¡Dios mío! no acertaba. Y en tanto, toda aquella gente se acercaba, con los brazos abiertos, con los labios preparados para un grito de alegría que no podían echar fuera; y entre tanto el pobrecillo no hacía más que estropearse con ambas manos el muslo, como un insensato... ¡Ah! hélos ahí: ya están cerca. Fué la madre la primera; le tendió los brazos con una divina sonrisa en los labios, bajó los ojos, entrevió, lanzó un grito de lo más profundo del alma, tremendamente desesperado, se arrojó gimiendo á su cuello y lloró.

Todos los demás se cubrieron la cara con las manos.

Un instante despues estaba en tierra; el cinturón se le había abrochado sin que él lo advirtiera.—¿Dejarlo ir así?—pensaron todos á un tiempo.—¡Verlo caminar de este modo?—¡Oh no! es preciso llevarlo.

—¿Llevarlo? No, no: se lleva á los moribundos, y no...—No, llevarlo, no.

Esté pensamiento cruzó tambien como un relámpago por la mente de todos. En aquel instante, el pobre mutilado se había colocado la pierna de madera debajo del brazo, y por abreviar á aquellas personas queridas tan doloroso espectáculo, se dirigió á largos saltos hacia su casa. ¡Lo miraron todos, excepto la madre y la muchacha! Estas habían ocultado la cara, la una en el seno de la otra.

Entró en casa el primero; de pronto le rodearon todos, tomaron de sus manos el aparato ortopédico y le hicieron sentar junto á la mesa; él dejó caer sus brazos cruzados y sobre ellos reclinó la frente. Pero una mano rápida y trémula se apoyó en su frente; el levantó la cabeza, vió delante un seno palpitando violentamente, conoció de quién era sin levantar los ojos, y escondió sus lágrimas en aquel seno. Alrededor reinaba profundo silencio: no se atrevían á llorar siquiera.

De repente se escuchó un sollozo. El cojo se separó rápidamente del seno de su madre, lanzó una mirada, y —¿Eres tú?—gritó con los ojos anegados en llanto y abriendo los brazos. La jovencilla se arrojó á ellos con una fuerza que tenía algo del delirio. La madre, asaltada por súbita idea, se volvió á los otros, les hizo una ligera seña, y todos desaparecieron al instante seguidos por ella.

La muchacha revolvió sus ojos por la estancia, y no viendo á nadie, colocó una silla frente á la de su pobre soldado, sentóse, cogióle una mano con la izquierda, colocó la derecha sobre su hombro, y con el rostro bañado por las lágrimas y el pecho anhelante, comenzó á hablar, de una manera baja, precipitada, entrecortada, afanosa, arrojando de vez en cuando una mirada por ver si llegaba á alguien.

—Oye, Cárlos, y créeme: créeme, porque te

hablo con el corazón: yo te quiero tanto como antes, yo me casaré contigo con tanto gusto así... como eres ahora, como si fueses todavía lo mismo que antes eras; quiero morir, mira, morir en este momento, si no te digo francamente lo que siento. Y si fueses tú (óyeme Cárlos y no llores de ese modo), si fueses tú quien no me quisieras á mí, bien, yo vendría á rogarte con las manos juntas que me hicieras tuya; y si tú me dijeras que no, yo me pondría enferma. ¡Pero por Dios, no te desesperes así! Y si tú no hubieses vuelto de la guerra, si yo...—(y se mordió los labios)—si el Señor me hubiese enviado esta gran desgracia de perderte, ¿crees tú que yo hubiera tomado otro en tu lugar? Aunque se hubiera presentado el rey, mira. Y ahora, sábelo: si antes te quería con todo mi corazón, ahora...—(y al decir esto se cubría la cara con el delantal y exhaló un profundo sollozo...) ahora me pondré delante de ti arrodillada.

Y resbalándose de la silla, cayó de rodillas delante de él, que, fuera de sí de alegría, con entrecortados sollozos, con voz inarticulada y más que con la boca, con la expresión animada de la cara que retrataba fielmente su pensamiento y con un agitar convulso de las manos, le quería decir una palabra; mas no le permitía el llanto pronunciarla entera, y se esforzaba, se esforzaba, hasta que por fin brotó tres veces, sonora, entusiasta:

—¡Oh, gracias! ¡gracias! ¡gracias!

Y la tomó por un brazo é hizo un movimiento para levantarla.

—No, no—repuso ella con resuelto acento en el cual se sentía la vehemencia toda de su afecto vírgen—¡déjame estar así! ¡quiero estar así!

Y se secó los ojos y prosiguió excitada:

—Estaremos siempre así. Yo no iré á trabajar al campo; estaré todo el día á tu lado, no te dejaré jamás un momento solo; trabajaré en casa, sentada junto á ti, así como ahora... ¿Pero qué tienes? ¿Por qué lloras de ese modo? Dímelo á mí, que te quiero tanto ¿qué tienes?

—Pero...—le respondió el pobrecillo con voz tímida y trémula—¿y yo?...

Y no pudo continuar.

—¿Y tú?... Y bien ¿qué quieres decir con eso? Dímelo todo, Cárlos.

—Y yo, yo ¿cómo haré yo para trabajar?—Y reclinó la cabeza entre las manos, moviéndola en actitud desesperada.

—Pero Cárlos ¿por qué me hablas de ese modo? ¿No estoy yo aquí para ti? ¿No estamos juntos? Yo sirvo para coser en blanco y no es por alabarme... Y la señora, aquella señora ¿sabes? la del pueblo vecino, me ha ofrecido ya trabajo en otras ocasiones y yo siempre he rehusado; pero ahora... y tanto mejor cuando ella sepa que has vuelto así... Yo me traeré la labor á casa ¿te pa-

rece bien? Y trabajaré junto á ti y tú me contarás todo lo que has visto y los países y los campos por donde has pasado, y si te acordabas siempre de mí, y qué hacías durante todo el día, y si tenías muchos compañeros amigos, y de qué cosas hablábais entre vosotros...

Y por este tenor seguía la pobre chica, y se iba poco á poco exaltando, siempre de rodillas delante de él, teniendo una mano sobre su hombro y jugueteando con el índice y el pulgar de la otra, con los botones del capote hasta dejarlos con el número del regimiento vuelto al revés. Sus mejillas se habían teñido de un vivo color de rosa, sus ojos se animaron pronto con una luz suave, y las palabras salían de sus labios tan espontáneas, tan ardientes y vivas é impregnadas de tanta dulzura, y había en sus gestos, en sus miradas, en sus sonrisas, en toda su persona, y sobre todo en aquella humilde actitud, tanta ingenuidad, tanta gracia, que el buen soldado la miraba y la admiraba extático; y cuando ella hubo acabado de hablar y fijó sus ojos en los suyos como para pedirle una palabra de consuelo, él pronunció una que venía á llenar todos los más caros deseos de la jóven:

—¡Oh, Luisa!—le dijo—¡Tú me haces olvidar mi desgracia!

—¡Y no te la dejaré recordar jamás!—gritó con trasporte aquel ángel. Y se abrazaron y lloraron.

La madre había tenido una excelente idea.

En aquel momento percibieron procedente del corral, rumor acelerado de muchos pasos y murmullo confuso de muchas voces. La jovencilla se puso en pié, se separó algun trecho de su soldado; ambos volvieron los ojos á la puerta por la cual penetraba el ruido.

—¿Dónde está? ¿Dónde está?—gritó una voz fuera.

Y casi al mismo tiempo apareció un jóven pálido, acalorado, sin voz; miró á su alrededor y no bien hubo distinguido al soldado, se arrojó á sus brazos. Eran íntimos amigos de muchos años.

El recién llegado, era sin embargo de ménos edad y pertenecía á la segunda categoría de la clase de 1845, que había sido llamada en aquellos momentos á las armas. Y aquella misma tarde el bueno del mozo, obtenida licencia, no sin lágrimas de su familia, caminaba hácia la ciudad, cuando, al pasar ante la casa del amigo, cuyo regreso ignoraba, fué llamado por la familia, é informado de la desventura que pesaba sobre Cárlos, corrió á arrojarse en sus brazos.

Toda la familia acudió presurosa detrás, y la madre, apénas hubo puesto el pié en la habitacion y echado una mirada indagadora sobre los rostros de los prometidos, todavía con las huellas del llanto pero iluminados por una alegría profunda,

lo comprendió todo, y sintió que se le había quitado del corazón un peso enorme; y, mientras su hijo tenía la cabeza entre los brazos de su amigo, había transmitido aquel consuelo, más con la mirada que con las palabras, á los circunstancias.

Por último, el mutilado se desprende de aquel largo abrazo, hace seña al amigo para que se siente á su lado, y pasando dos ó tres veces la mano por los ojos, dió á comprender que quería decir algo. Todos lo rodearon: más cerca de él su madre y la muchacha.

—Ten ánimo;—empezó volviéndose al amigo, que parecía abatido y triste—ten ánimo, camarada. No te dejes asaltar por la melancolía. Bien sé yo que el verme en este estado, ahora que vas á partir y has dejado á tu familia hace un momento, y que debes marchar al servicio, y correr á la guerra... te da sentimiento el verme así... ¡Buenos gajes, dirás, tiene el oficio! Pero ¡Dios mío! ¿A qué conduce desesperarse? ¿Es preciso ir al servicio, quiérase ó no se quiera? Sí; pues entonces, tanto vale tomarlo con calma y partir de buena gana: esto lo comprenderás tú mismo. Y despues; despues... te digo francamente que si era mi destino que me tocase una desgracia como ésta, entre haberla recibido aquí cayendo bajo un carro, ó rodando por una escalera, y haberla recibido allá... prefiero esto. Es natural.

No es que quiera decirte que me encuentre contento con mi actual estado; pero á fin de cuentas, ya ves, en este mundo se ha de estar poco, y teniendo al lado á la gente á la que se quiere bien, que es lo más interesante, lo demás ¿qué importa? Yo he vuelto así como ves; y bien ¿qué hay con esto? ¿Acaso mi madre y mi padre, y alguna otra persona, me querrán por esto menos que ántes?

Y dirigió los ojos hácia ellos. Sus viejos padres, juntando las manos, exclamaron á una:

—¡Oh, Cárlos!

Alguna otra persona, no hizo más que lanzarle una larga mirada de inexplicable ternura.

—¡Más que ántes,—prosiguió con la cara más animada—más que ántes! Todos, despues de tener esta desgracia, me querrán más que ántes, todos. Si tú te hubieras encontrado en el hospital conmigo, hubieras presenciado cosas increíbles, amigo mío. Despues de una veintena de dias que yo estaba allí, pasó á aquella ciudad mi regimiento; todos los oficiales de mi compañía y áun de las otras, vinieron á verme ¿comprendes? Y se pusieron alrededor de mi cama y allí estuvieron más de media hora, y el capitán me miraba y lloraba, y también otro oficial, jovencillo, sin barba, que estaba junto á él. Y he visto con mis propios ojos caer las lágrimas por su cara. Y otro oficial—yo tenía un poco de fiebre—me



puso la mano en la frente, y uno que estaba á su lado, le dijo:—¡Quítala! Eso le incomoda.—Y me recomendaron al doctor y á los enfermeros y me dijeron que hiciese escribir á mi familia, pero sin decir lo que me había pasado, que esto les haría naturalmente sufrir mucho. Y todos, desde el primero al último, ántes de marcharse me estrecharon la mano, y el más jóven, el que mandaba la segunda escuadra, á la que yo pertenecía, aguardó á un momento en que los demás no miraran y me besó en la frente, y cuando estuvo en la puerta, se volvió todavía, para hacerme un saludo con la mano. ¿Has comprendido?... Y un día vino un general, viejo, muy viejo, con el pecho todo cubierto de cruces y muchos oficiales detrás, y se acercó á mi cama con la leopoldina en la mano, y todos los demás estaban tambien descubiertos, y él, el general, me preguntó cómo estaba, y donde había recibido la herida y cómo; y cuando se lo hube referido todo (me parece estarle viendo todavía), levantó los ojos al cielo, entreabrió los labios con un suspiro y me dijo:—¡Valor, muchacho! Y despues me estrechó la mano, ¿comprendes? ¡él, un general! Tenía la mano seca, muy seca ¡era tan viejo! Y yo le hubiera besado aquella mano, si no hubiera tenido miedo de faltarle al respeto: me parecía otro padre mio. ¡Ah! ¡Es preciso haberse encontrado en aquel momento, para saber lo que se siente! ¡Se olvidan

todas las desgracias; se olvidan por completo! Y despues y ántes... ¡ya verás, camarada! Una cosa es hablar de léjos y otra cosa encontrarse allí, allí mismo, en medio de todas aquellas bayonetas, los jefes delante, á caballo con la espada desenvainada, y las banderas, las músicas y toda aquella gritería... El corazon se anima, la cabeza te da vueltas, y la bala te ha herido ya, cuando tú gritas todavía:—¡Adelante!...

En aquel punto se oyó en el camino, una alegre armonía de cantos y de sonos de tamboril y de zampoña.

—Son mis compañeros que se marchan—dijo el recluta poniéndose de pié con súbita alegría.

El rostro del cojo se animó, púsose en pié sostenido por su madre y su prometida, se hizo conducir hasta el dintel de la puerta, vió á los quintos que partían, y les gritó:

—¡Buen viaje, muchachos, buen viaje!

Los caminantes se volvieron hácia él, advirtieron la pierna cortada, conocieronle y respondieron todos á una voz:

—¡Viva el bravo soldado!

Y nuestro pobrecillo les daba las gracias, agitando las manos y moviendo la cabeza, porque el exceso de ternura le impedía que saliera la voz.

—¡Viva el bravo soldado!—repetían aquellos alejándose.

El mutilado les hizo una última seña con la

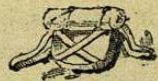
mano y con la cabeza, y, despues, pasando un brazo alrededor del cuello de la jovencilla, que estaba á su izquierda, se volvió á su madre que estaba al otro lado, y, con voz interrumpida por los sollozos, exclamó:

—¡Oh, madre! ¿Lo querrás creer? ¡Estoy contento!

Y le dejo caer la cabeza en el seno.

Los ojos de todos los circunstantes se llenaron de lágrimas.

El rumor de la música se extinguía, poco á poco, alejandose lentamente camino abajo.



## EL EJÉRCITO ITALIANO

DURANTE EL CÓLERA DE 1867.



ADA vez que pienso en todo lo que el ejército ha hecho y padecido por el país durante el cólera de 1867, experimento el mismo sentimiento de admiración y gratitud, que se despertaba en mí en aquellos días á la noticia de todo nuevo acto de caridad y de valor cívico: y me acomete la duda de si la mayor parte de aquellos actos han sido ya olvidados, si muchos no se supieron jamás, ó si todos ó cuasi todos se anotaron demasiado vagamente para ser dignamente estimados y alabados.

Por fuerza el recuerdo de todas aquellas bellas acciones individuales, el pueblo lo ha confundido ya en un solo concepto—el ejército se ha portado bien—como despues de una batalla ga-